

Una llamada oportuna y apremiante a la conversión

Carta del Papa a la Iglesia de América

PEDRO TRIGO

Como es el procedimiento usual, después del Sínodo de las Américas el Papa publicó una Exhortación Apostólica postsinodal, titulada *La Iglesia en América*. Está firmada en México el 22 de enero pasado ya que, a pesar de su precaria salud, quiso trasladarse a la basílica de Guadalupe para darla a conocer en este lugar tan significativo para el cristianismo americano.

El documento, como es natural, se presta a múltiples lecturas. La primera impresión que yo tuve es que la exhortación es demasiado larga y que por eso apenas será leída y menos aún estudiada; que trata de todo y por eso tiene el riesgo de no destacar lo importante; y que carece de aliento profético tanto en los análisis como en las propuestas concretas.

Pero tratando, como recomienda mi maestro Ignacio, de salvar la proposición del prójimo y más específicamente de recibir con el corazón abierto este mensaje de mi pastor, volví sobre lo leído y hallé lo siguiente.

Presupuesto de la lectura: una situación eclesial carente de trascendencia

El presupuesto de esta lectura es que en una lectura profética de la realidad americana el primer dato que debe ser subrayado es la oposición, que clama al cielo, entre el Norte y el Sur. Las relaciones entre USA y AL han estado signadas por la exacción económica y la violencia. Esta historia alcanza hoy su máximo paroxismo ya que el gobierno de esa nación (como el de los demás Estados de América) apenas es más que el brazo político-militar de los intereses de las transnacionales. Como hace quinientos años, la llamada globalización, tal como se va dando hasta hoy, no es más que una conquista económica del mundo por parte de los grandes grupos económicos, con una dosis inusitada de violencia, que tiene su expresión paradigmática en la brecha creciente entre un puñado de ricos cada vez más ricos y la mayoría creciente de pobres cada vez más empobrecidos. Este desconocimiento tan brutal de la fraternidad más elemental produce, en quienes hacen de ella norma de vida,

La Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre. Este anuncio es el que realmente sacude a los hombres, despierta y transforma los ánimos (67)

ricanos antiguos y contemporáneos y señaladamente los mártires de las décadas pasadas), de modo que nos convierta también a nosotros en verdaderos discípulos, es decir en seres humanos nuevos, o sea configurados no ya por los conjuntos socioculturales de los que formamos parte sino por el Espíritu de Jesús resucitado.

En la exhortación apostólica se insiste de un modo cálido y fuertemente personalizado en que este encuentro real con Jesús, que genere una relación habitual con él, es el contenido crucial de la evangelización. Siguiendo esta perspectiva el documento señala que el fruto de esta evangelización será que esa relación fundante con el Señor Jesús, al llevar la voz cantante en la trama de cada vida, la reconfigure en orden al cambio de hábitos de vida, al establecimiento de auténticas comunidades cristianas y a una solidaridad que trascienda lo establecido.

Para el documento la cautividad (fascinación y compulsión) del sistema es tal que únicamente una relación personal con la comunidad divina podrá aportar energías suficientes (las del Espíritu que moviliza todos los resortes vitales de cada individuo y grupo) para liberarse, vivir alternativamente ya y constituirse en palanca eficaz para la necesaria transformación de esta situación para construir una cultura de la vida. En el proceso de construirla se irá dando la reconciliación de la familia humana: la desalienación y humanización de los de arriba, y la inclusión generadora de riqueza espiritual, cultural y económica de los de abajo. Hay que subrayar que el documento insiste de un modo sistemático en que la conversión acaba en una relación estructural con los pobres, no sólo en relaciones cortas sino de un modo ineludible en relaciones estructurales de solidaridad inclusiva.

Los cuatro sacramentos de Jesús

Como la exhortación apostólica se toma en serio la propuesta del encuentro transformador con Jesús de Nazaret, insiste en los lugares donde podemos encontrarlo. Enfatiza cuatro: la Palabra de Dios, la comunidad cristiana que se expresa sacramentalmente en la Eucaristía y los pobres. Ante todo, la lectura orante de los evangelios y más en general de la Escritura, contemplación individual y comunitaria en orden al seguimiento. No negamos el valor de los cursos para estudiar la Biblia, pero somos testigos de que lo decisivo acontece cuando la comunidad orante se abre para recibir la palabra actual de su Señor. En este tipo de encuentros no se da la relación entre un sujeto y un contenido en orden a su asimilación sino la relación de unos sujetos humanos con su Maestro, una relación en la que el Maestro habla y los discípulos escuchan para obedecer, para seguirlo prosiguiendo su historia. Esta fuente de trascendencia es insustituible. Y su fruto es, simultáneamente, la constitución de la autenticidad personal, la fraternidad cristiana y la solidaridad con los pobres. Para los pobres, ahí se da, sobre todo, la buena nueva que los lleva a ponerse en pie.

También se reconoce que actualmente no se da, por lo general, en nuestras Iglesias ambientes ni estructuras comunitarias y por eso se pide un cambio radical de pastoral que propicie la constitución de auténticas comunidades cristianas; de modo que la labor del sacerdote se oriente hacia la animación que impulse la participación y la corresponsabilidad. Sólo este tipo de Iglesia propicia el encuentro con Jesús vivo, celebra verdaderas eucaristías y es semilla sostenida de solidaridad.

Pero a su vez la solidaridad no es sólo fruto del encuentro con el Señor sino fuente privilegiada para llegar a él y reconocerlo de modo realmente trascendente. Este apunte de la exhortación recoge lo más vivo de la experiencia en AL, no sólo de cristianos latinoamericanos sino también de agentes pastorales de USA que, renovados con esta experiencia, han podido ser fermento evangelizador en su país. Es cierto que la mayoría ha ido a los pobres impulsado por su fe en Jesucristo. Pero una vez que han entrado en ese mundo como auténticos pobres de espíritu, descubren con gratitud en los pobres a su Señor y van experimentando una segunda con-

versión a él en ellos, mucho más trascendente, esforzada y a la vez gozosa.

Concluimos esta nota afirmando que desde esta perspectiva el Papa sí ha cumplido, de modo realmente situado, su misión de confirmar en la fe a los cristianos de América. Dios quiera que nos sintamos interpelados personalmente por su llamada a la conversión, que se traducirá en comunión para la solidaridad.

PEDRO TRIGO

Jesuita, teólogo, miembro del Centro Gumilla y del Consejo de Redacción de SIC

Suscríbese a



Construyamos
juntos el país
que queremos



un vaciamiento de su condición humana, una alienación que se traduce en desquiciamiento personal y social. Esta misma oposición se reproduce en cada país americano: es el colonialismo interno, que denunció Medellín, con la misma secuela de polarización, exclusión y alienación. Es claro, además, que ambos fenómenos se realimentan mutuamente.

Es cierto que, gracias a Dios, hay una minoría, tanto en USA como en AL, que intenta vivir con humildad y coraje de un modo alternativo, de manera que esa existencia austera y creativa posibilite esa libertad espiritual que se expresa en el amor solidario. Esas personas y grupos, resistiendo a la idolatría del mercado, guardan su alma, es decir, mantienen su humanidad y son así sacramentos de esperanza.

Sin embargo, a pesar de ese resto, al que pertenecen gracias a Dios no pocos cristianos, las Iglesias cristianas en América y más específicamente la institución eclesial católica, participan por lo general de esta figura histórica tan deshumanizada. El continente americano es un continente religioso y en él

las instituciones cristianas, a pesar de la secularización política, desempeñan un papel rector. Quienes las representan en su mayoría están configurados por esta situación y lejos de representar la presencia en ella de la trascendencia, personifican, más bien, la dimensión religiosa de estas culturas con sus potencialidades, pero también con sus limitaciones. En general, tratan de minimizar los abusos y llevar adelante los usos estimados como correctos por la colectividad. Son así genuinos representantes del peso, de la sacralidad de esta figura histórica.

Por eso, son absolutamente incapaces como bloque de reconocer a la situación del continente como situación de pecado. No pueden admitir su participación en ese pecado institucional. En la práctica piensan que las cosas podrían ir algo mejor, pero que no están tan mal y que se hace lo que se puede.

Al ser representantes más de sus respectivas culturas y su configuración estructural que del Dios de Jesús y su designio concreto de salvación para el mundo, cuando se encuentran físicamente, como es el caso del sínodo de las Amé-

ricas, no se encuentran espiritualmente porque no es el mismo y único Espíritu el que determina sus vidas. Si cada uno representa en última instancia a su país y a su bloque, sólo pueden mantener la unidad formal al precio de eludir los antagonismos reales. La falta de trascendencia impide la unidad de visión y acción. En esa situación es imposible plantear una verdadera evangelización.

Alcance de la conversión

Si estamos de acuerdo en que ésta es la situación global de la Iglesia en América (a pesar, insisto, de las minorías genuinamente cristianas y trascendentes por eso a las sociedades a las que pertenecen), tiene sentido que la exhortación apostólica se concentre en una llamada a la conversión. Desde esta perspectiva cobra toda su concreción y oportunidad el peso tan determinante que en ella ocupa la invitación apremiante a tener un encuentro real con Jesús de Nazaret, un encuentro equivalente en profundidad a los que aparecen en los evangelios y en el resto del NT (y a los que tuvieron los santos ame-